



23F: humo y fuego

Jesús M. Santos



Lagar de ideas

El humo esconde el fuego y, además, confunde. Así resumió Jaime una reunión que había convocado con esmero, a la que habían acudido destacados personajes de la con-fabulación pública, en la que se había debatido con natural cinismo la sórdida realidad española y con la quiso relanzar su carrera política, a lomos de sus excelentes dotes de anfitrión y de los cubalibres y gintonics con que Mónica, su mujer, desatascaba el pudor y la indecencia de cualquier caterva de ilustres con poder e ínfulas. Sin embargo, el humo atravesó las conversaciones y el reconocimiento quedó oscurecido por el interrogante que desató la humareda, tan incomprensible y variable que el contubernio político se transformó en una trama de tintes policíacos, aunque no negros, porque el espectáculo alcanzó en algunos momentos el esplendor del colorín.

Acababa de despedir al más renuente de los contertulios. Tras cerrar la puerta, se dirigió al salón, se abatió sobre el sofá destartelado por la bulla de aquella noche apasionada y lamentó, sin transición, que la velada hubiera resultado irrelevante para sus aspiraciones: sólo se recordaría por los vapores que, provenientes del otro lado del recibidor, invadieron la estancia más noble de la vivienda. Unos vahos que desde el mismísimo retrete reptaban bajo la carcomida puerta de madera que protegía el baño, atravesaban el vestíbulo y ascendían a las alturas del living. Todo lo dicho, discutido o reído, lo fumado o lo bebido, perdió valor para el recuerdo. No le cabía la menor duda. En la despedida se lo habían repetido, uno tras otro, todos los invitados.

- Ya me explicarás qué ha pasado.
- Llámame en cuanto lo averigües.
- Me voy en ascuas. Porque, con este humo, haberlas haylas.
- O al menos, las ha habido.

El plan urdido por Jaime lo había desbaratado un suceso, pura pirotecnia, inexplicable. Aunque poco a dado a las confidencias y, menos aún, a la confianza, se lo confesó a Mónica.

- Todo se ha ido a la mierda.
- No te pongas así, Jaime. Lo hemos pasado bien y ha sido divertido.
- No era eso lo que buscaba. Este Mariano ...
- Cuando le vuelvas a ver, te lo explicará.
- Ese cabrón sólo sirve para liarla.

La decepción guarda una relación proporcional con las expectativas, arguyó mientras ella recogía los restos de la batalla y trasladaba los despojos a la cocina para que, a la mañana siguiente, la chica de servicio pusiera orden en el desaguado. Concluida la faena, Mónica buscó al marido, se inclinó sobre él, besó su mejilla y le deseó una buena noche después de tanto alcohol, tanto tabaco, tantas risas y, sobre todo, tanto humo. Sonrió con una complicidad que él agradeció con una mueca leve.

La vio cruzar la puerta del salón y, ya en el recibidor, girar a la izquierda en dirección a la habitación de matrimonio. Era una mujer joven y atractiva, prudente pero desenvuelta, siempre acogida con agrado en los círculos de la jet set, donde cada vez se sentía más cómoda, aunque de ella se valorara su aparente frivolidad como la mejor de sus virtudes, tal vez, pensaba él, para marcar el contrapunto a un marido influyente y erudito.

Cuando Mónica desapareció del vestíbulo, los ojos de Jaime, absortos en esas consideraciones, quedaron enfrentados a la puerta del baño por la que asomaron los humos antes de su ascensión a las arañas del techo. Hubo que abrir las ventanas al frío del invierno, para que se diluyeran los vapores, de olor incierto, que habían acarreado aquella decepción rayana con el abatimiento. Mascullaba. Había tramado la reunión con toda su capacidad de cálculo, los invitados habían respondido al convite, se habían abordado las cuestiones que deseaba y él mismo había podido exhibir capacidad de análisis, prudencia de juicio y unas dotes indudables para generar confianza, a tenor de los halagos que precedieron al primer humazo; sin embargo, su habilidad de tahúr o de estrategia se había esfumado –nunca se pudo aplicar el término con mayor fortuna– bajo el señuelo de la fumata.

Ansiaba el impulso definitivo para trazar una carrera política desbocada, sin límites ni ideología, y aquella reunión debía ofrecerle el mejor trampolín en medio de las turbulencias. Concluido el doctorado en Ciencias Políticas y Sociología, había buscado reconocimiento en la Universidad, pero sólo logró cierta notoriedad cuando puso el partido del que había sido fundador, Reforma Democrática, a disposición de Alianza Popular para convertirse en secretario general de la organización que fagocitaba don Manuel. Atrás quedaban sus coqueteos con el neofascismo francés y, delante, un futuro que se le antojaba demasiado parsimonioso e impreciso. Sus prisas tramaron una alianza con el confuso momento que vivía España y de ella surgió la convocatoria de la reunión que acababa de concluir de manera tan intempestiva.

Se levantó del sofá y entró en el baño. Observó con detenimiento aquella estancia amplia, de baldosas adamsadas y sanitarios poderosos. Hacía frío. La ventana estaba completamente abierta. Aún se advertía un impreciso olor a ceniza, pero no quedaban otros signos del fuego que tenía que haberse producido a tenor del humo que traspasó la puerta, inundó el vestíbulo y asustó a todos los reunidos en el salón noble de la vivienda que Jaime y Mónica ocupaban de alquiler: un piso espacioso –así se decía entonces a lo desmesurado– situado en el entresuelo de un edificio de principios del XIX, un punto raído por el tiempo y la falta de atención de los propietarios, una familia noble que mejoró su fortuna al socaire de la dictadura.

Los compañeros de velada habían reconocido la solidez de la vivienda y su decadencia, la armonía desvencijada de sus puertas macizas y el brillo encerado de las maderas, gracias

al cual habían combatido con fortuna el inevitable asedio de las carcomas. También tuvieron palabras de elogio para el barroquismo de las escayolas que dibujaban unos techos con vitolas pomposas y de las lámparas de cristales poliédricos, mutiladas por el tiempo y la falta de destreza de los inquilinos.

Mucho rollo y poca chicha, farfulló. Y en ese instante observó que en el portarrollos situado junto al wáter faltaba papel higiénico. Los rollos de reserva que habitualmente ocupaban un espacio en el mueble lacado junto al lavabo habían desaparecido. Debería advertírselo a Mónica para que la chica lo comprara sin falta al día siguiente. Una carencia tan estúpida, pensó distraídamente, podría haber arruinado el postín de la velada, porque en caso de necesidad los ilustres visitantes habrían tenido que socorrerse, y tiznarse, con los ásperos periódicos que en aquellos días hablaban de disensiones políticas y ruido de sables. Sonrió, imaginando las nobles posaderas de aquellos prebostes de la patria anunciando titulares canallescros. Entonces comprobó que las revistas y diarios que solían coronar el taburete situado junto al bidé también habían desaparecido. Intuyó que su mujer los había retirado para evitar suspicacias o incomodidades a los invitados por las referencias impresas en torno a ellos mismos o a sus amigos. Quizás Mónica conociera sus ambiciones e incluso sus intenciones mucho mejor de lo que manifestaba.

•

La reunión había transcurrido de manera admirable hasta el instante imprevisible. Había congregado a un grupo de personajes relevantes, no todos los que deseaba, que representaban a los grupos con verdadero poder en Las Cortes y en la sociedad española. Había acudido Mariano, el gran usurpador de la atención definitiva y el único que lo hizo sin pareja, porque se bastaba con sus libros y su madre para aprovechar la libertad del celibato urdiendo maniobras mezquinas con sabor enciclopédico. Desde hacía un par de meses ejercía como portavoz de UCD en el Congreso, pese a la resistencia de Adolfo Suárez, abocado a la dimisión irrevocable por la presión de los adversarios externos y, sobre todo, de los que se proclamaban afines. A Mariano le acompañaba una pareja de diputados ya maduros con rostro democristiano, mofletudo y lánguido, e ignorancia de palmeros, siempre prestos a la loa del sabihondo al que debían el voto en el parlamento. Ambos llegaron amparados por sendas esposas que lucían un profundo saber de ungüentos y peluquería.

Jaime se había afanado para que acudiera Eduardo Mágico, pero dio por descontada su ausencia por la exhaustiva actividad que desplegabá en los últimos meses aquel excomunista y militante sionista que, de paso por el socialismo, se aprestaba a arribar donde Yahvé le deparara. Calixto, otro pez gordo en las filas del PSOE, se había excusado a última hora por asuntos imprevistos y Jaime interpretó que en aquellos momentos los socialistas cuidaban con esmero sus apariencias e incluso sus apariciones. No obstante, quedó satisfecho con la presencia de Juan Miguel, uno de los pocos miembros del partido notoriamente

interesado en los asuntos que decían gestarse en los cuarteles, al que acompañaba, quizás como avalista o tan sólo para dar resplandor a la delegación, un personaje de la cúpula del puño y la rosa, más dado a la chispa que al conocimiento, pero que había transitado desde Sevilla a las puertas de la Moncloa a través de Suresnes; se llamaba Leandro.

En representación del PCE, a fin de cuentas la tercera fuerza política en aquellos tiempos, habían acudido Raúl, diputado y concejal, siempre presto al cotilleo y la escalada, y Ernesto, un joven al que se auguraba mucho futuro, procedente de la cantera del sindicato de estudiantes antifranquistas y reintegrado a la Universidad, tras su expulsión, como profesor de Ciencia Política; aliviaba su porte de telenovela con una reconocida cautela y la voluntad de permanecer en la vida sin romper un plato.

Jaime recordó así la llegada de sus huéspedes, que se acomodaron y distribuyeron sobre el sofá, los sillones y varios pufs tapizados con dibujos geométricos pretenciosamente antiguos. Centrado como estaba en sus objetivos varoniles y distribuidas ellas, como realmente estaban, en torno a la mesa de nogal que daba lustre al comedor, no prestó mayor atención a las mujeres. Sólo Paula, la compañera de Ernesto, mucho más impulsiva que él, se hizo notar en el debate masculino cuando se rebeló contra el *apartheid* y osó sentarse sobre los brazos del sillón de su compañero a fin de participar en los debates con una voz más ronca y firme que la del resto de los diletantes. No cabía réplica, y no la hubo.

Jaime concluyó su repaso con una reflexión: este panel merecía una noche sin verbena, y un reproche: con Mariano nadie puede estar seguro. Entonces recordó lo que un día le había comentado la madre del sabelotodo: “este hijo mío no sirve para vivir”. Ni para vivir él ni para dejar vivir a los demás, pensó el anfitrión decepcionado.

Sin embargo, los prolegómenos habían resultado alentadores. Saludos y recuerdos de los momentos en que unos y otros habían coincidido, alusiones a los amigos comunes, preguntas sobre la familia en el caso de quienes acumulaban más años de encuentros privados y desencuentros públicos. Nada extraño en el ámbito político, salvo una expresión en la que coincidieron varios invitados:

- No esperaba encontrarte.
- Cosas de Jaime.
- Yo tampoco sé muy bien qué pinto aquí.

Fue el primer asalto, de tanteo. “No están los tiempos para disimulos”, interrumpió Jaime, con voz más pausada que contundente, más clara que violenta; y bastó esa frase en medio de los cuchicheos para que todos giraran la vista hacia el anfitrión zanjando los preludios de la fiesta. Con el auditorio fijo en su rostro y sus palabras, planteó el discurso que había preparado.

– No he querido interrumpir vuestras conversaciones. Disculpadme. Sólo respondía a un comentario de Raúl, que aprovecho para agradecer vuestra presencia. Estoy muy contento de que hayáis aceptado la invitación. Lo he hecho por puro interés personal. No

sé, si concluida la reunión, habremos adivinado otro beneficio menos egoísta. He querido reuniros por todo lo que os estimo y os respeto, y porque sabemos en qué situación está el país. Quiero saber más y mejor. Quiero entender. Quizás alguno comparta esta impresión sobre unas circunstancias que no calificaré, porque, si digo que todo lo resolverá el tiempo, pensaréis que soy un cínico, y si digo que el desastre nos acecha, diréis qué más quisiera... Como las dos conclusiones pueden ser correctas, prefiero cederos la palabra. No añadiré más.

– Pues falta haría, siquiera para abrir boca –replicó Mariano.

– Para abrir boca, Mónica ha encargado unos canapés. Las copas, los licores y los refrescos los tenéis en la mesa del rincón. Si alguien desea otra cosa, el frigorífico está a vuestra disposición. Saliendo a la izquierda y, luego, en el pasillo, dos veces a la derecha.

– Se te ve el plumero, Jaime –arguyó Leandro–, aunque, al paso que vamos, pronto serán uno a la izquierda y cuatro a la derecha. ¿O no?

– No hagas preguntas de éstas, que Mariano las responde hasta agotarnos y ya veremos si queda tiempo para despedirnos.

– Quiero agradecerte la invitación –terció Raúl–, porque estos momentos requieren encuentros de este tipo, que nos veamos todos, que hablemos todos, que nos comprometamos todos, que decidamos todos. Porque o decidimos nosotros o alguien va a decidir sin nosotros.

Le interrumpió Mariano y la conversación derivó por aguas procelosas con rumbo incierto, entre estrategias y diletancias. Hasta que el apacible y discreto Ernesto decidió dejar constancia de su presencia.

– Mariano, perdona. Me interesa tu opinión porque se dice que estás en medio del motín. ¿Quién abanderará el golpe de estado? ¿Los militares o los desafectos del gobierno? Tengo la impresión de que quienes más hablan son los que saben menos. Y tú tienes que estar, estoy seguro, entre los que saben más.

– Te sienta bien, Ernesto, esa cara de ingenuo. Deberías preguntar a otros que tienes más cerca. No sé si Leandro...

– ¿Qué insinúas? –replicó el interpelado.

– Que algo debes saber de los movimientos de Mágico o los del alcalde de Tresp, porque no parece probable que actúen sólo por su cuenta y al margen del control de tu amigo Alfonso...

– Puestos a eso –terció Jaime con una intervención bien estudiada–, convendría saber qué golpe de timón demanda Tarradellas, por qué ha dicho que “corremos el riesgo de que el Estado se nos vaya por el sumidero”, por qué Adolfo Suárez alude a la fragilidad del sistema, qué hacen los barones de la UCD –y miró a Mariano– alentando a los golpistas y desgastando al presidente, y por qué el Rey se enreda en esta operación.

– Te veo muy interesado en que tus invitados disfruten de una velada inolvidable –respondió Mariano.

– Inolvidables van a ser los momentos que vivimos si no ponemos remedio.

Al cabo de un par de horas, la conversación había alcanzado velocidad de crucero, con fases aceleradas, discusiones superpuestas e incluso algunos reproches rotundos aunque contenidos. Se habló del enojo de los sectores más vinculados al franquismo, del resentimiento que destilaban los cuarteles contra Suárez, acusado de embustero y tramposo; de la animadversión al propio presidente dimitido que se había instalado en el palacio de la Zarzuela; de los movimientos de algún general, reintegrado por el propio Rey a la cúspide del escalafón castrense, en busca de adhesiones; de los informes entregados al jefe de la Casa Real para requerir medidas excepcionales, del desasosiego que generaba el temor a una España dividida, de la complicidad de casi todos los partidos.

– El PCE no tiene nada que ver en todo esto, repetía Ernesto.

– Pues ha sido vuestra legalización la que ha provocado este barullo... – respondían los palmeros democristianos.

Hablaron luego de Leopoldo Calvo Sotelo, un personaje con pedigrí autoritario, aunque amansado por un sentido gallego del humor y la costumbre de sosegarse junto al piano.

– Estoy seguro de que se lleva un Steinway a la Moncloa. Ya lo veréis.

– Pues tendrá que usarlo para tranquilizar a alguno de los que, reclamando firmeza, propugnan la necesidad de un militar que nos devuelva a la normalidad bajo el pilotaje del Rey...

Lo había dicho Ernesto. Mariano decidió ausentarse.

– Antes de que sigáis por ese camino, Jaime, por favor, ¿dónde está el baño?

– Al otro lado del recibidor, la puerta de enfrente.

– Esta escapatoria me parece, Mariano, demasiado barata; te tenía por un estratega más sutil y menos grosero.

– Todos tenemos necesidades.

– No le piquéis, que en un minuto regresa y nos abrumba de retórica.

Ausente Mariano, el debate tenía que cambiar de tono y ritmo. Él navegaba por la conversación con reflexiones abstractas y cadencia pausada, con argumentos rebuscados y envolventes, telas de araña tejidas con erudición y argucias de sofista bien entrenado. Los contertulios aprovecharon su ausencia para entrar en un debate directo, más propio del boxeo que de la mera discusión, aunque con evidente dosis de tongo; todos se confabu-

laron para lanzar sus *crochets*, sus directos y sus *upercuts* contra el ausente: la batalla que Mariano había alentado contra Suárez y que había determinado la dimisión del presidente del gobierno, ponía de manifiesto el poder de los sectores más conservadores de aquel conglomerado que se decía centrista, mucho más favorable al cambio de timón que a la sucesión constitucional.

– No os engañéis. Éste sólo se apunta al golpe si sabe que va a ganar. De lo contrario, pese a su furia antiautonómica, sería capaz de aliarse con el PNV. Al tiempo.

Todos interpretaron esta afirmación de Raúl como una provocación o un mero disparate, más dado a zaherir que a explicar lo ocurrido.

Pese a los esfuerzos de Jaime, anfitrión atento a las convenciones de la hospitalidad y, sobre todo, a su propósito de medrar sin saber dónde, Mariano se había convertido, y a aquellas horas ya había acumulado méritos para ello, en el centro de atención y, aún peor, en el saco de todos los golpes: *jabs*, ganchos, cruzados. La presencia de sus dos acompañantes, los palmeros, obligaba a la hipocresía o, al menos, a la insinuación y evitaba la delación. Hubo alusiones, no obstante, a su tendencia natural para la intriga, por la que había desertado del líder que les había llevado al parlamento y al gobierno; nadie dudaba de su instinto de conspirador compulsivo apoyado en argucias legales aunque a veces contrarias al derecho.

– Mariano tiene que tener las orejas rojas.

– Tarda demasiado –respondió impaciente uno de sus socios.

Jaime temió que la conversación llegara a sus oídos. Se acercó al baño.

– ¿Estás bien, Mariano?

– Bien, bien –respondió una voz despabilada.

En la tertulia de los varones continuaban, a media voz, los golpes bajos. Había que apaciguar a los sectores más airados del Ejército, pero a algunos sólo se les ocurría añadir combustible a las llamas. Se habló de los generales Armada, Milans, Campano, Iniesta Cano...

– Gente de bien, ironizó Ernesto.

Jaime necesitaba que concluyera aquel *impasse*.

– Mariano, ¿pasa algo?

– No os preocupéis, ya voy.

– Date prisa, porque, cuando uno se ausenta, todos los demás se acuerdan de él... O sea, espabila.

– ¡Ya voy!

Jaime explicó a los contertulios que desconocía el motivo por el que Mariano permanecía encerrado.

– A mí esto me huele a chamusquina.

La sentencia de Raúl fue ratificada por Jaime, que, sorprendido y asustado, se echó las manos a la cabeza, mientras observaba el humo que acabaría por desasosegarle. Un humillo blanquecino se deslizaba bajo la puerta del retrete y, una vez instalado en el recibidor, cada vez más oscuro y abundante, recorría las tarimas del suelo y se adentraba en el salón. Jaime ya no se acercó al servicio, gritó.

– Mariano, ¿estás bien?, ¿algún problema?

– Nada, nada... ya voy –repetía con voz entrecortada y precipitada.

Trataron de continuar la conversación, pero sólo podían atender al humo que rastreaba los espacios exentos de muebles o trepaba sobre cualquier obstáculo o dique con voluntad de detenerlo. Jaime comprobó que las mujeres también habían abandonado su temario y se interrogaban sobre el fenómeno que las invadía. Repentinamente el humo adquirió otras tonalidades, amarillentas, verdosas, rojizas, pura policromía.

– Coño, Jaime, menudo fin de fiesta nos tenías preparado.

– No digáis tonterías... ¡Mariano, por favor, ¿qué coño pasa?!

No hubo respuesta. En medio del silencio apenas se percibió el sonido envolvente de la cisterna. Hasta tres veces. El humo inició su retroceso y, una vez desaparecido, se abrió la puerta del baño y apareció Mariano, sacudiéndose las manos húmedas, con el pelo mojado, atildado a la manera de un personaje propenso al desaliño.

– Lo siento, señoras; lo siento, señores. Llevo un tiempo que doy mucho que hablar. Supongo que por hoy es suficiente.

– ¿Te marchas?

– Mi madre se pone muy nerviosa, si llego tarde.

Los palmeros se sumaron a la despedida y el resto se agregó en tropel a la estampida. El tema central de la reunión no iba a ser despejado.

•

Tres días después, en el Congreso de los Diputados, Jaime aparta a Mariano hasta un salón discreto.

– Me debes una explicación. Soy curioso, no soporto el misterio. Si prefieres, me lo guardo para mí y para Mónica, pero ¿qué pasó el sábado en mi casa?

– ¿No observaste nada extraño en el baño?

– Apenas que se había acabado el papel higiénico y que faltaban los periódicos y las revistas que suelo almacenar sobre el taburete.

– No es poca cosa. Ellos fueron parte del problema.

– Pensé que Mónica los habría retirado. ¿Encontraste noticias molestas, artículos ofensivos, comentarios airados? En ningún caso fue a posta, te lo aseguro, pero en estos tiempos nada ayuda.

– No fue eso.

Mariano explicó que había acudido al baño acuciado por unas apreturas inmemoriales, que era proclive al estreñimiento y que en las últimas semanas, tal vez por cuenta de tanto suceso, se había agudizado la afección; o sea, concluyó, que llevaba varios días sin deponer, “con la falta que hace en estos tiempos”.

– Ya lo creo –atinó Jaime a responder.

Acomodado en la amplitud del retrete, prosiguió Mariano, aprovechó para exonerar a gusto, sin prisas, porque, a fin de cuentas, en medio de la trifulca con socialistas y comunistas, también necesitaba serenarse. Logró doblemente su objetivo, el de apartarse y el de exonerar, lo que generó una plácida sensación de desahogo, la más exacta expresión del vaciamiento, placentera y regocijante después de las apreturas y el esfuerzo.

– Eso explica la demora, pero ¿qué tiene ver el humo con la escatología? Sin entrar en detalles...

– Aunque esté mal decirlo, procuraré atenerme a la sustancia.

– Evita los olores, por favor.

La resistencia de la deposición sobrepasaba todo lo sufrido y gozado por él, pese a su profusa experiencia al respecto; es decir, excedía todo lo conocido y lo imaginado. La cisterna fracasaba una y otra vez en el intento de ahogar los excrementos, el agua rodeaba los despojos que, cual icebergs, anclados a los bajos del retrete, resistían impávidos al sumergimiento definitivo. Declarada la emergencia, Mariano cogió los periódicos, los enrolló y apretó con fuerza los residuos, con lo que sólo consiguió atascar el sumidero. Ante la nueva crisis echó mano de las cerillas y prendió los papeles, hasta reducir el rollo a cenizas.

– Y eso generó el humo blanco que, poco a poco, se fue ennegreciendo...

El atasco no cejaba. Mariano fracasaba en sus propósitos de remediar el desastre. Buscó socorro en las revistas almacenadas sobre el taburete. Logró una presión más firme,

suficiente para hundir los restos de la evacuación, pero aún faltaba eliminar los otros rulos, los de las revistas; prendió las cerillas para impedir el colapso definitivo del desagüe.

– Y ese fuego provocó el humo amarillo, verdoso, rojizo...

Ya sólo le restaba limpiar el piso. Utilizó las toallas y las tiró por la ventana.

– Lo advirtió Mónica. Eran unas toallas que había heredado de su abuela.

– Lo siento, Jaime.

– La cagaste, Mariano. ¡Y de qué modo!



Lagar de ideas